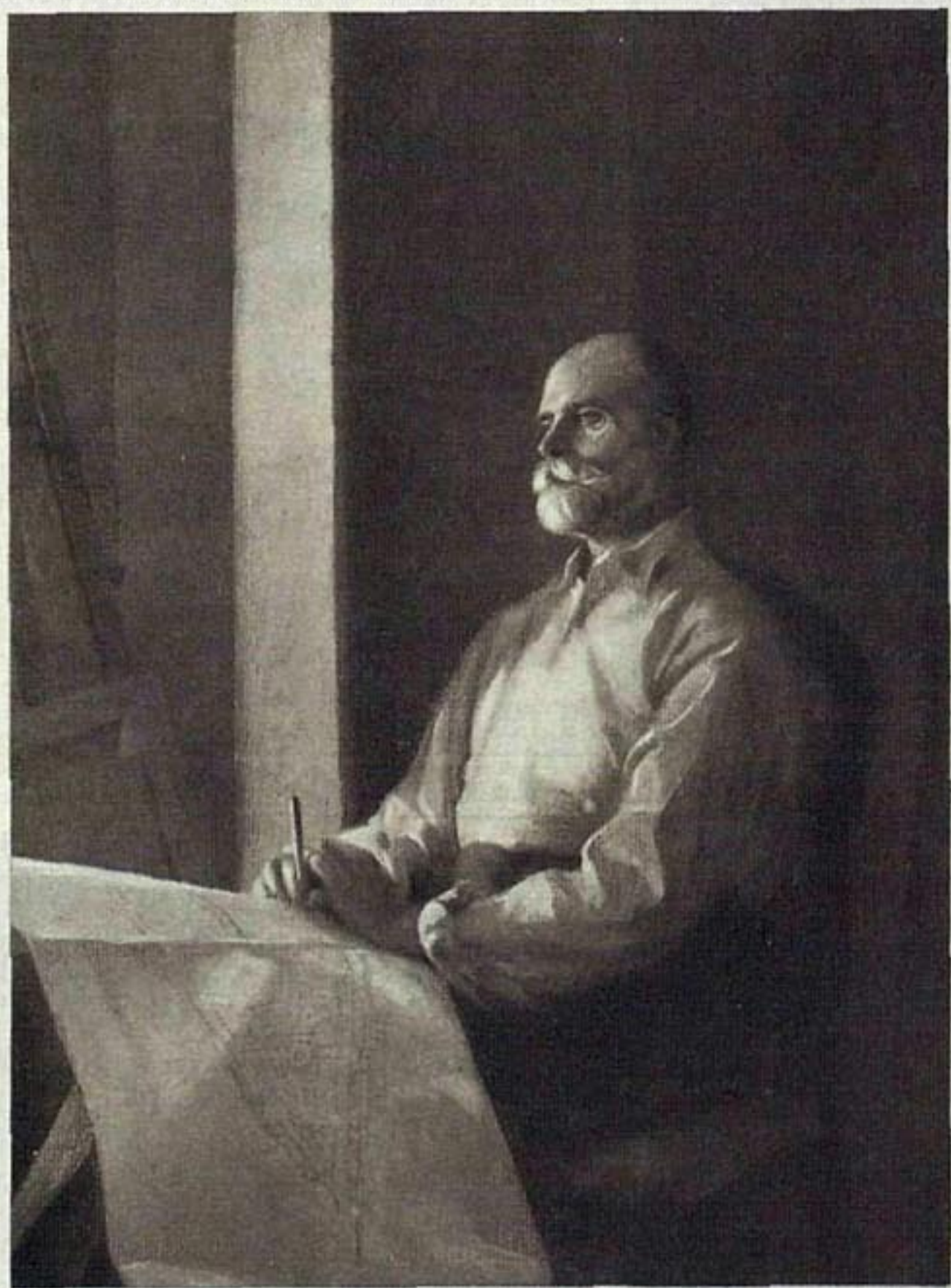
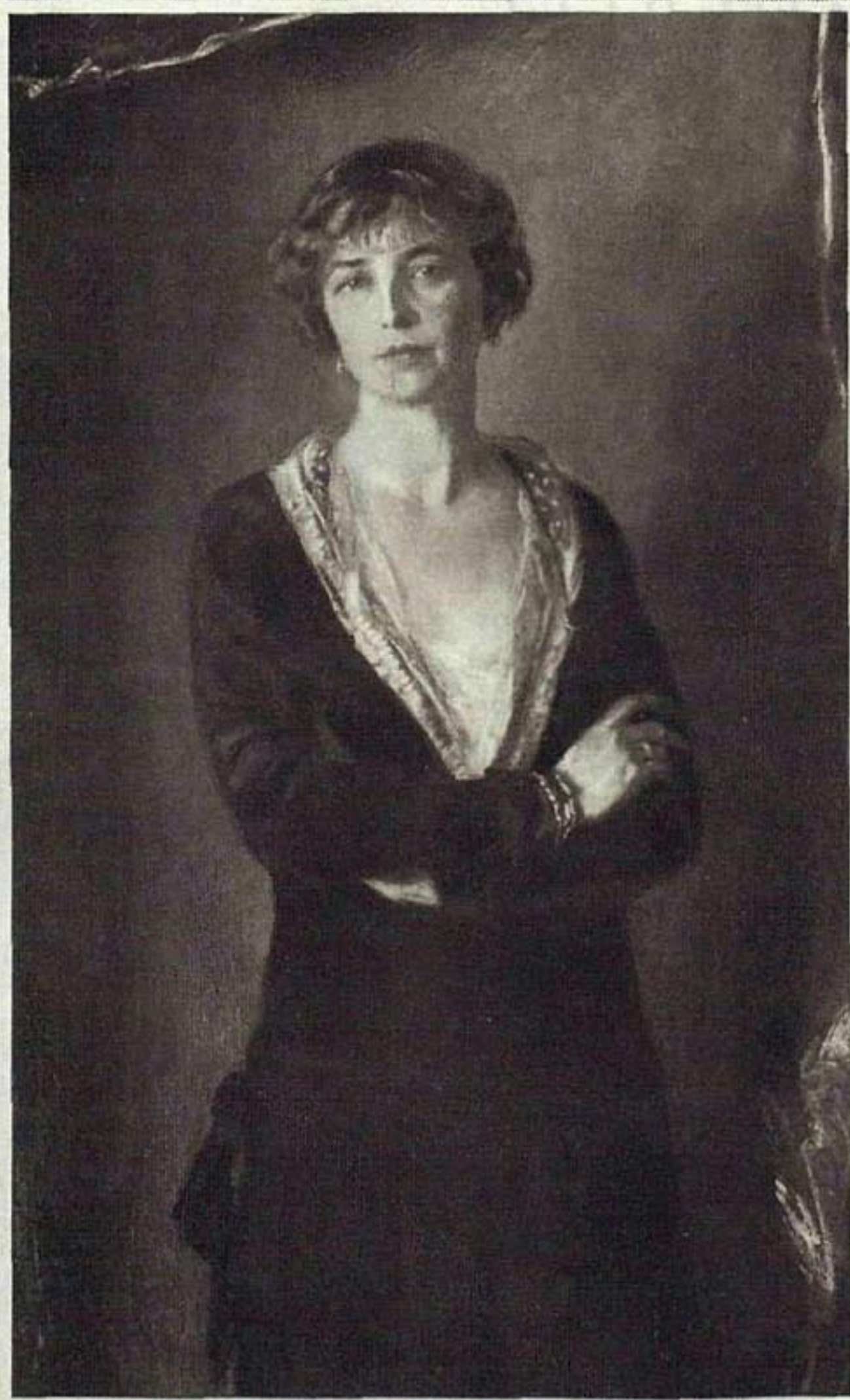


EL ARTE DE HOY

MIGUEL DEL PINO,
PINTOR DE RETRATOS

EL PINTOR JAVIER DE WINTHUYSEN



SEÑORA ORTIZ DE LA TORRE

MIGUEL del Pino pertenece á aquel grupo de artistas jóvenes que hace poco más de dos lustros irrumpió en la un poco adormecida vida sevillana y dió á las Exposiciones organizadas por el Ateneo valor de renovación y esperanza.

En torno de Gustavo Bacarissas, la figura de más relieve hoy en la pintura sevillana y una de las primeras en el arte nacional, aquellos epigonos ponían su alborozado y legítimo afán estético, que hoy ya dió frutos positivos. Era los Lafita, Grosso, Santiago Martínez, Pinelo Yáñez, Pérez Comendador, Martínez de León, á los que había de unirse, en el esfuerzo colectivo y el significado personal, el benjamín Juan Miguel Sánchez, admirable cartelista ó ilustrador. Era también Miguel Angel del Pino Sardá, que ahora reclama la atención madrileña.

Fuera acaso oportuna, por lo granado del conjunto, celebrar en Madrid una Exposición de estos artistas, en la que faltaría la presencia viva del malogrado Pinelo y en la que no podría faltar la obra, sin cesar renovada y renovadora, del maestro Bacarissas. (No se ha olvidado, ciertamente, la exhibición de este último el año 1921 en el Museo de Arte Moderno, verdadera lección del arte del paisajista y del dibujante, así como las pinturas y cerámicas que enriquecen el palacete de la República Argentina en la Exposición Iberoamericana tienen también perdurable elocuencia didáctica.)

Por de pronto, he aquí Miguel del Pino y su colección de retratos pintados en París y Madrid á la luz de hoy y á la sombra fecunda de los clásicos.

Distinción. Finura. Habilidad. Malicia. Lirismo cromático. Cautela mundana. Estas son algunas de sus cualidades, muy necesarias para proceder con éxito en el género de expresión pictórica de su temperamento, que ha elegido el artista sevillano. Hay otras, claro es, que sorprenden al pronto ó se descubren luego, poco á poco, para evitar el juicio adverso del intransigente.



JULITA ORTIZ DE LA TORRE

Los veinticuatro lienzos expuestos por Miguel del Pino en dos salas de la Sociedad Amigos del Arte son á modo de un paradigma estético de su capacidad en ondulantes altibajos, con acusada firmeza ó débiles concesiones al gusto ajeno. Entre el retrato del pintor Winthuysen y los apuntes efectistas de unos principietos se sigue el camino que el artista ha de recorrer cada día por placer de sí mismo y para lógica ventaja económica en el aprovechamiento de algunas de aquellas cualidades ya mencionadas.

No hay disimulado reproche en esta opinión. Si precisamente se puede disculpar á un pintor del juego de sus facultades es al retratista, que eligió ambiente y modelos de los llamados, por antonomasia y por ampliación, aristocráticos. Miguel del Pino se especializa en el retrato de «buena sociedad», de niños bonitos y damas elegantes, y lleva á los temas la condición pristina del talento y la cada día más lograda, de su sabiduría.

Así, pues, nadie tanto como el propio artista conoce lo que hay de trauquería, de picardía algo desdeñosa, en la coincidente adulación al tema y á la técnica. Nadie se engaña menos que él ante esos desenfados de nota y arrogancias tonales, frapantes para el snob ó el aficionado con pretensiones. Las carnes rosadas de los niños y las maquilladas de las damas, los uniformes palatinos, las telas ricas, las preseas, todo contribuye á proporcionar efectismos cromáticos bajo una mano experta y una sutil sensibilidad de colorista, cuales las de Miguel del Pino. También las reminiscencias museales.

El artista conoce á fondo «su» Goya ó «su» Hoppner. La creación tiene en tales casos una picante travesura recreativa. Quien adquiere el reflejo de su apariencia externa para añadir un atractivo más al salón ó al hall, se contenta mucho de verse tal como cree ser y con cierto aire familiar con personajes del Prado ó de la National Gallery.

Y Miguel del Pino, con esa zumbonería andaluza que



CARLITOS PUJOL

le brinca detrás de las gafas de joven profesor universitario, satisface y acrece su clientela.

Pero—entiéndase bien—sin caer nunca en lo banal y lo mediocre. Simples detalles: una tela, una joya, el ritmo de una forma ó la carnación de un rostro, acusan siempre al pintor de raza, al luminista de buena escuela.

Sobre todo cuando, como en el caso actual, el cotejo con obras perfectas, reveladoras de afirmativa condición pictural de manera plenaria, consiente y aún exige no mentir adulongamente al artista, sin desmerecer ante él, consciente de lo que está bien y de lo que está mal, de lo que hizo para modelos electores del pintor y con los modelos elegidos por el pintor.

Dos de esas obras capitales son: el retrato de Javier de Winthuysen, el retrato de madame Carolus Durán. (Frente á ellas, por ejemplo contrario, el retrato de Andrés Segovia—¡oh, el *Andrés Segovia* de López Mezquita!—se destaca y se pierde.)

El retrato de Javier de Winthuysen es un amable, fácil, serenísimo prodigio de verdad psicológica, de belleza plástica. Nada sobra; nada falta en él. Aquí no hay habilidades, malicias, picardías. Es diáfano de visión, infinito de perspectivas espirituales y estéticas, sugeridor como pocos de la pintura española del siglo xx, de profundas complacencias visuales é intelectivas. Todo en él agrada, deleita y enseña. La composición, el sentimiento, la factura... Son la maestría y la experiencia hermanadas de manera sonriente y grave á la vez.

Y se piensa que si muchas veces el retrato pictórico es testimonio fehaciente de un duelo entre el artista y el modelo, ó de una piadosa ironía no dejada demasiado



LEONARDO SEGOVIA



MADAME CAROLUS DURAN

en secreto, otros retratos, como este de Winthuysen, tienen el encanto revelador de un diálogo ejemplar. No formado de palabras solamente en ese grato emperzamiento de hablar que acomete al pintor y al modelo cuando ambos están identificados espiritualmente. Es el otro contacto de dos sensibilidades, tan sutiles en este caso, de dos artistas sevillanos y «de vuelta» de las arbitrariedades modernas. Mientras Miguel Angel del Pino pintaba á Winthuysen, este otro artista de las barbas y el nombre flamencos preludiva sobre el lienzo una de sus sinfonías de jardines en las que es maestro. Sin prisa, sin vanidad ni codicia, la obra coincidente se realizaba en ambos.

El retrato de madame Carolus Durán—¡á tal apellido tal obra!—significa otra maravillosa muestra de un gran temperamento pictural libre de trabas ni conveniencias adaptables. De nuevo, también aquí, la sobriedad y la hondura, el encanto espiritual y la delicadeza que no alfeica el vigor constructivo. Es simplemente magistral el modo con que está pintado, hasta en sus más nimios detalles, este cuadro de pocas dimensiones, pero enorme de contenido artístico. Retratos como éste son de aquellos que motivan viajes intercontinentales para saborearlos durante largo rato en un museo

lejano de nuestra vida habitual. Una de esas obras que por sí solas bastan para enriquecer é iluminar dilatadas y reiteradas contemplaciones con un arrobó abstraído y solitario.

También aquí otro amable diálogo, otra gustosa reiteración de afinidades. Bajo la gris mirada del cielo francés, se pinta por un español á la nieta de un gran pintor amigo de España, de quien no hemos olvidado su *Dama del guante* y su amor á Velázquez. La sombra del viejo maestro diríase que estaba presente en las sesiones, sin necesidad de materializarse, como un símbolo de fraternidad entre escuelas y países fraternos.

Aún pudiera añadirse al elogio concreto que merecen esos dos cuadros algún otro, como el del niño vestido de rojo sobre su caballo de madera, que tiene una encendida gracia agresiva, sin descomponerse ni gritar su nota.

Y siempre con la distinción, la finura, el lirismo cromático de quien al crear esas obras demuestra ser nada más ni nada menos que *pintor de retratos*, en el sentido estricto, la capacidad amplia y la trayectoria peculiar de los grandes maestros del género.